

da, Alfredo de Munet tuvo siempre un poco de beodo. Esta es mi historia. Tengo siempre un poco de baile y de vals en la punta de los pies.

## XII

## La comedia española

La mujer galante siente muy á menudo verdadera pasión por ese gran enamorado que se llama *todo el mundo*.

Es el amor en comandita la pesca de los accionistas.

También puede decirse de su mobiliario, de su fortuna que siempre es la historia de las mil y una noches.

Pero yo no he conocido jamás el señor Todo el mundo. Era como aquella inglesa que prefirió verse abandonada en el mar, que ser salvada por un nadador que no le había sido presentado.

*Ainsi que la vertu l' amour á se dégrés.*

Un español opulento me propuso una noche en los Italianos hacer mi fortuna si yo consentía en hacer su dicha. Toda la mañana había oído yo la campanilla de mis acreedores, no tenía más que un caballo y una cesta y el presentimiento de que pronto tendría que ir á pié!

Rehusé estoicamente.

No obstante, el español era un verdadero gentil hombre que hablaba de oro.

Estaba furiosa contra mi gazmoñería necia, pero experimentaba más placer en sentirme dueña de mí cuando no tenía un céntimo,

Siempre he sido vencida por no sé qué sentimiento romántico.

Si aquel español me hubiese galanteado en Sevilla ó Toledo, creo que habría consentido; sin duda no hubiera puesto obstáculos para marcharme con él, pero ir del teatro italiano al café Inglés era un camino muy corto. A mi español tal vez le pareciera muy largo ir de París á Sevilla ó á Toledo.

Llegó la época de los baños de mar. Quise pasar quince días en Biarritz.

Una mañana al irme á bañar encontré á mi español.

—¡Ah! usted aquí, me dijo, qué fortuna encontrarla.

Esta vez, sobre aquella playa casi extranjera, tan lejos del Boulevard de los capuchinos, aparecióseme el español como un amigo. Un momento más y me arrojé en sus brazos.

—Qué desgracia, dijo, como si le desvaneciera un sueño, no estoy solo aquí.

Hágamela usted conocer, le respondí, verá usted qué pronto la tiro al mar.

—¡Chist! me contestó, héla aquí que viene.

Me saludó y fué al encuentro de una mujer que me recordó vagamente á la marquesa de Amaegui.

*Pále comme un bean soir d'antonne.*

¡Oh! ¡corazón humano! yo estaba celosa; pero como nunca he tenido la costumbre de mezclarme en la dicha de los otros, seguí mi camino.

Había dado algunos pasos cuando el es-

pañol adelantándose me saludó y me presentó á su mujer.

—He dicho á la señora que usted es una de las estrellas del cielo hermoso de París. La señora desea conocerla y comer con usted.

Miré á la querida española. No conservaba de España más que los ojos; tanto se había metamorfoseado á la francesa. Su cabeza era todo un poema épico, con sus rizos, sus torcidos, su trenza, sus cintas y sus perlas. Toda ella constituía una figura monumental con sus guantes rojos, sus zapatos amarillos, y llevando el sello francés hasta en los detalles más insignificantes.

Sus admirables cabellos negros estaban teñidos de un rubio leonado. Su rostro pintado también, negro en los ojos, púrpura en los labios. Estaba orgullosa al observar á aquella mujer de vermè recién salida del agua sin afeites, ni pinturas, natural como era yo.

Las olas me habían besado el rostro y no quedaba en él un átomo de polvos blancos.

La señora esforzabase en hablarme en francés de los Pirineos, francés vasco-español, como diría la Academia. Su amante le había dicho que yo era la primera bailarina de la Opera, lo que me humilló un poco.

Pronto comprendí que tenía delante á una de las reinas del *demi-monde* español, una de esas mujeres que prefieren tener muchos amantes á un solo marido.

Después de cruzar algunas palabras insignificantes, quise retirarme.

—No, no, me dijo el español, vamos los tres á dar un paseo por el mar en mi yacht, que nos espera.

Y me señaló con el dedo una embarcación empavesada que yo había visto ya.

Partir, es siempre divertido, y mucho más por mar. No tuve, pues, inconveniente en dar aquel paseo.

Dos minutos después saltaba alegrementé á bordo del yacht.

El español, después de haberme dado la mano, ejecutó una maniobra tan rápida, que el yacht tomó viento, separándose del malecón antes que la mujer, preocupada por su traje y medio cegada por sus cabellos pudiera descender á su vez.

Dió un grito ella, lo dí yo también y el español gritó á su vez.

Después nos echamos á reir.

—Ya ves, le dijo él, el viento nos lleva.

En verdad, el viento que hacía, rizaba apenas las olas, pero el marinero, comprendiendo lo que se quería, remaba con todas sus fuerzas.

La mujer no se movía. Dejó su sombrilla y nos echó mil maldiciones, marchándose luego con aire de cómica dignidad.

—¿Qué le parece á usted la escena? me dijo el español.

—Paréceme, le respondí, que conoce usted el corazón femenino; para conquistar á dos mujeres, es preciso saber sacrificar á una.

¿Dónde nos condujo el yacht?

Yo soy aficionada á los puntos de interrogación.

Por otra parte, nada importa, puesto que regresé.

## XIII

## La copa envenenada

Vencí, durante dos años, en esta loca vida. Me habían dado un cupé y una victoria. Me levantaba para ir al Bosque. Comía en todas partes y siempre distintas. Cuando comía en mi casa tenía mucha gente y gente muy distinguida. Por la noche al teatro, á casa de Laborde ó á casa de alguna amiga; á media noche á la Maison D'or, al café Anglais ó al diablo.

Créese, y es un error muy vulgar, que todo pasa alegremente en esta vida, donde únicamente se baila y se cena. Es la vida de las pasiones.

¿Y quién puede impedir que las pasiones hagan su camino? Tengo amigas cuya vida es un verdadero drama romántico.

¿Quién no recuerda los puñales de mademoiselle de Grandpré ó de Granprix, apellidada la *Poignanrdinette*? ¿Quién ha olvidado la que se tiro por el balcón? ¿Quién se olvida de las puñaladas dadas á Julia en un antepalco? Y cien otras historias que podrían escribirse con sangre de las víctimas. No me ha complacido nunca lo horrible. La muerte no me asusta, pero me *extremecen* las armas blancas.

Quando cenaba todas las noches llegué á disgustarme profundamente de la vida, quiero decir de mi vida, y resolví acabar con ella. No amaba á nadie, no aspiraba á nada, no ambicionaba nada más que el olvido y el silencio.

¡Qué bien me producía esa alegría que me rodeaba, alegría brillante, pero ficticial!

Mucho tiempo hacía ya que oía idénticas tonterías, y lo que más me exasperaba el tener que reír cien veces una misma gracia.

Al ingenio que ha producido ya sus frutos, deberían enterrarlo sin epitafio.

Quise que mi muerte fuese un tanto teatral. No quería asfixiarme neciamente como una planchadora abandonada por su amante. Resolví suicidarme durante el bullicio de una cena en el Maison D'or, aturdida por el eco de locas carcajadas, mareada por el humo de los cigarros y la espuma del champagne. Digno fin para tal principio.

Llevé conmigo un pequeño frasco de láudano.

Desde que me senté á la mesa fué asaltada por una alegría nerviosa que traspasó los límites. Charloteaba á derecha é izquierda, buscando las frases más incisivas y contando los cuentos más intencionados, hasta el punto que ellas y ellos reían con todas sus fuerzas.

Sabido es que no siempre se ríe en la Maison D'or.

Quando el conde de H\*\*\* tomó su sombrero para marcharse al club:

—Me marchó también, dije yo.

Tomé el frasquito de láudano y vertí en mi copa de champagne todo su contenido, aparentando buscar mis guantes.

Uno de mis amigos de la velada, me dijo al oído:

—¿Quieres que te vaya á buscar ó te espero en mi casa?